

LA FORMACIÓN PERMANENTE DE LAS CARMELITAS DESCALZAS: UNA PROPUESTA

Roma, 3 de febrero de 2016

Queridas hermanas,

El encuentro de hoy es un regalo que nos ha hecho la Providencia. Ninguno de nosotros habría pensado que fuese posible reunir un grupo tan numeroso y representativo de carmelitas descalzas de todo el mundo aquí en Roma. Sin embargo, ha llegado y doy gracias al Señor que lo ha hecho posible a través de la mediación de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada. Agradezco también a cada una de vosotras el haber aceptado gustosas participar en este encuentro.

Queremos aprovechar al máximo el tiempo que tenemos a nuestra disposición. Deseamos escucharnos recíprocamente en este día, confrontándonos sobre los temas que más nos interesan para poder crecer en nuestra común vocación Carmelitano-Teresiana. Estamos seguros de que el Señor está presente en medio de nosotros, reunidos en su nombre. Él sabrá cómo guiarnos, cómo iluminarnos, cómo llevarnos por sus caminos a través de la diversidad de las voces, la pluralidad de las opiniones, la variedad de las experiencias. Comenzamos, por tanto, nuestro trabajo, conscientes de nuestros límites y de nuestras dificultades, pero, al mismo tiempo, llenos de fe y de esperanza en aquello que el Señor podrá hacer a través de nosotros.

Formación permanente y discernimiento

Creo que existe un consenso general, a nivel teórico, sobre el hecho de que gran parte de nuestra vida religiosa, de su calidad y de su futuro, depende de la formación, entendida ampliamente como “cuidado de la vocación”. Sabemos que nuestra vocación debe ser constantemente cultivada, alimentada y profundizada, si no queremos que las motivaciones iniciales pierdan progresivamente fuerza y capacidad de contribuir a que seamos personas integradas. Si no trabajamos continuamente sobre nuestra identidad como religiosos, contemplativos, teresianos, es inevitable que el modelo recibido durante la formación inicial se transforme pronto en un traje demasiado estrecho para un cuerpo que, desde entonces, ha crecido¹. Una maduración insuficiente

¹ “La formación continua ayuda al religioso a integrar la creatividad en la fidelidad. Pues la vocación cristiana y religiosa reclama un crecimiento dinámico y una fidelidad en las circunstancias concretas de la existencia, lo cual exige una formación espiritual interiormente unificante, pero flexible y atenta a los acontecimientos cotidianos de la vida personal y de la vida del mundo” (CIVCSVA, *Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos (1990)*, n.67).

lleva a crisis vocacionales que, por desgracia, terminan a menudo o con la decisión extrema de abandonar la vida religiosa o con una pérdida de la tensión positiva hacia la plenitud del ideal. Nos contentamos con una vida religiosa “tranquila” que no pretende demasiado y, al mismo tiempo, no pide mucho. Teresa, desde luego, no compartiría tales formas de “retirada”, ella que escribe en *Fundaciones* 29, 33: “No les acaezca decir: En esto no va nada, que son extremos ¡Oh hijas mías, que en todo va mucho, como no sea ir adelante!”.

Tal exigencia de formación continua es particularmente urgente en el tiempo histórico que nos ha tocado vivir, un tiempo de fuertes cambios que suscita preguntas nuevas. Los cambios nos provocan crisis y hacen cada vez más necesario el arte del discernimiento. De hecho, estas dos palabras *dis-cernimiento* y *crisis*, provienen del mismo verbo griego, *krino*, que significa 'juzgar, valorar, separar'. Hay muchas preguntas ante las cuales permanecemos perplejos, no existen respuestas claras, escritas en algún texto. Además, incluso aquello que está escrito en los textos, por ejemplo en las Constituciones, exige a menudo ser contextualizado en situaciones históricas y culturales nuevas, e interpretado según el espíritu más que según la letra. Pablo, que hubo de traducir a un contexto helenístico lo que había nacido en un contexto judío, nos enseñó que “la letra mata, pero el Espíritu da vida” (2 *Cor* 3,6). Una verdadera fidelidad implica la capacidad de cambiar constantemente. Como escribió el beato John H. Newman, otro gran maestro del discernimiento: “Aquí, en este mundo, vivir es cambiar, y la perfección es el resultado de muchas transformaciones”².

Sé que no todas las hermanas comparten esta postura. Existen resistencias a un camino de búsqueda en común y de discernimiento, enraizadas en una presunta seguridad de saber ya las respuestas y las soluciones. Me alegraría poder afirmar también yo que todo es mucho más sencillo, que la verdad es suficientemente clara y no da lugar a dudas o vacilaciones. “¡Nuestra vida es tan simple!”, me dicen algunas hermanas. Es verdad, pero no existe nada más complejo que la auténtica sencillez, que no debemos confundir con la superficialidad. La persona humana, a diferencia de las personas divinas, no es simple: es un sistema complejo, con muchas dimensiones, niveles, “moradas”, como nos ha enseñado la Santa Madre Teresa. A menudo, sin embargo, nos conformamos con un conocimiento superficial y nos limitamos a vivir en base a lo que hemos aprendido, sin preguntarnos más, sin profundizar en las raíces de nuestra imperfección o infidelidad.

A esta superficialidad en el conocimiento de nosotros mismos y de nuestro vivir juntos se añaden a veces formas de ideología (conservadoras o progresistas) que – en la medida en que pretenden conocer la verdad y el bien según el proyecto de Dios – se cierran a cualquier búsqueda o cuestionamiento posterior.

² J. H. NEWMAN, *Lo sviluppo della dottrina cristiana*, Jaca Book, Milano 2002, 75.

Descender hacia lo profundo, excavar por debajo de las apariencias o de las obviedades, nos cuesta y provoca una sensación de cansancio, por no decir de angustia. Sin embargo, no se crece ni se madura sin pasar a través de esta experiencia de negación y de muerte. “Para llegar a donde no sabes, has de pasar por donde no sabes”, escribía san Juan de la Cruz (*I S* 13,11), a quien, más recientemente, hace eco Henri Nouwen: “Debemos conocer la oscuridad para ser capaces de buscar la luz. Debemos, en primer lugar, tomar conciencia de nuestro andar perdidos si queremos encontrar sentido, fin y orientación en la vida”³. El discernimiento no es otra cosa que una experiencia pascual, un paso a través del Viernes y el Sábado Santo, o sea, a través de la muerte de nuestro yo o, mejor, de las imágenes que de él nos hemos hecho, y la consecuente sensación de vacío y ceguera para alcanzar la luz del Domingo de Resurrección, que nos regala una mirada nueva los “ojos de Pascua” capaces de discernir el futuro en el presente, los signos luminosos de la gracia de Dios en medio del pecado y la opacidad de nuestras historias.

El estilo Teresiano de discernimiento

Querría subrayar que el discernimiento, precisamente por cuanto no es simplemente una estrategia decisional (*decision making process=proceso para la toma de decisiones*), sino un camino de transformación de la persona y de la comunidad, es un proceso largo y no siempre rectilíneo, que exige constancia y “paciencia” (*hypomoné*, según el lenguaje del NT, es decir, capacidad de “hacerse cargo” de “estar debajo de” la carga sin soltarla. Se trata en realidad *acoger y familiarizarse con una alteridad*: aquello que no conocemos, que no somos todavía o que hemos olvidado ser.

En nuestra cultura estamos habituados a las respuestas rápidas, somos incapaces de esperar, de estar en silencio, vigilantes. Queremos soluciones eficaces e inmediatas. Pero bajo esta forma de impaciencia y de pretendido control de la realidad, no veo cómo se pueda realizar un auténtico discernimiento de los espíritus. Es fácil eliminar rápidamente lo que nos molesta o nos pone en dificultad, pero a menudo el buen Dios se esconde precisamente ahí, es desde ahí que llama a nuestra puerta y nos pide que lo acojamos, ensanchando los límites de nuestra tienda.

Completamente distinta es, sin embargo, la experiencia y el ejemplo de la Santa Madre Teresa que en toda su vida no hizo otra cosa sino preguntarse sobre lo que Dios le pedía: “¿Qué mandáis hacer de mí?”, como hemos repetido infinitas veces durante este año centenario. Teresa, fundada en sólidos principios y en una clara visión obtenida a través de un camino de oración y de trabajo sobre sí misma, demuestra tener la virtud de la “flexibilidad”⁴. Si Teresa es conocida por su

³ H. NOUWEN, *Discernement: Reading the signs of Daily Life*, HarperCollins, New York 2013, 27.

⁴ Cf. S. PAYNE, *Saint Teresa of Avila and the Virtue of Flexibility*, intervención en el Congreso Teresiano de la Pontificia Universidad Católica de Ávila, agosto de 2015.

“determinada determinación” ello no quita que demostrase en muchas situaciones saber adaptar los principios a la realidad, sin intransigencia ni rigideces abstractas. Esencialmente, Teresa no busca una forma externa o un estilo de vida, sino una realidad de comunión con Dios y entre las hermanas, y adopta con libertad todo aquello que le es útil a este fin, mientras renuncia sin problemas a lo que puede obstaculizarlo o impedirlo. Precisamente por esto, Teresa no es favorable a códigos de normas demasiado detallados, que hurten a las monjas la libertad de organizar la propia vida y de dirigirse con decisión al fin principal de su vocación: ser comunidades fraternas y orantes al servicio de la Iglesia.

Es esta la perspectiva desde la que debería afrontarse el tema de la *unidad del carisma y la diversidad (o pluriformidad) de las comunidades concretas*. Sabemos bien que es una cuestión compleja, que hace entrar en juego la autonomía de cada monasterio y la pertenencia de todos a la misma familia, la fisionomía de cada comunidad y la identidad compartida. Se presentan tanto los riesgos de una “uniformidad discordante y forzada”⁵ como los de una “pluriformidad ambigua y desconectada” ¿Cómo defendernos de ellos?⁶ Me parece que también desde este punto de vista es visible la exigencia de una formación seria y profunda, capaz de cuestionar falsas seguridades, prejuicios y simplificaciones innecesarias, que son los obstáculos que con más frecuencia se interponen en el camino del diálogo y de la unidad.

La iniciativa del centro de la Orden

En esta situación me parece particularmente necesario que el centro de la Orden no escape de su responsabilidad de asumir iniciativas de animación espiritual y de formación permanente, con el fin de promover la unidad de nuestra familia religiosa, según se indica en las Constituciones de las monjas n. 242⁷. En la misma línea, el n. 103 recomienda que hermanos y hermanas del Carmelo

⁵ Recojo esta expresión de la Declaración del Capítulo de los Cistercienses del 2000: “Es más valiosa [...] la diversidad concordante que la uniformidad discordante y forzada” (*La vida cisterciense actual*, n. 13). Tal afirmación proviene, por otra parte, de una larga tradición de vida monástica y enuncia uno de los principios fundamentales del movimiento cisterciense, el respeto de la diversidad en la misma caridad (cf. el texto base de la legislación cisterciense, la *Carta caritatis* en el n. III.2: “In actibus nostris nulla sit discordia, sed una caritate, una regula similibusque vivamus moribus”)

⁶ No cabe duda de que las Constituciones son el texto de referencia para identificar los tramos constitutivos de la identidad de las carmelitas descalzas. No obstante, es un dato de hecho que, tras un largo y difícil camino de redacción, al final no se ha realizado la distinción entre “norma fundamental” y “normas complementarias” prevista por los decretos emitidos por el Concilio (cf. *Ecclesiae Sanctae* II, 4) y el nuevo Código de Derecho Canónico (cf. Can. 587§4). Por lo tanto, las Constituciones actuales recogen, junto a principios y normas fundamentales, disposiciones detalladas, relativas a actuaciones prácticas concretas, sin que se ponga de manifiesto la diversidad de su importancia y la posibilidad de opciones diversas, a discreción de la comunidad.

⁷ “El Preósito General podrá dirigirse a todos los monasterios para promover en ellos la unidad de la Orden y la fidelidad al carisma teresiano y el cumplimiento de su misión en la Iglesia [subrayado en el original]. Estará especialmente atento a la renovación fiel de las Carmelitas Descalzas, promoviendo, en diálogo con ellas, proyectos e iniciativas al respecto de la animación espiritual y de la formación [NB: subrayado del P. General. Traducción del italiano. cf. texto aprobado de las Constituciones en español].

Teresiano colaboren recíprocamente y que todos los monasterios apoyen y favorezcan las iniciativas que provengan del Preósito General⁸.

Es “justo y necesario”, por tanto, que al comienzo de este nuevo sexenio nos preguntemos cómo dar continuidad a este servicio de formación que -siendo ofrecido desde el centro de la Orden- se preocupa con particular atención de la unidad de las monjas. Sin excluir otros proyectos locales de formación, de dimensión comunitaria y de Asociación/Federación, tiene ciertamente un gran significado el hecho de invitar a todas las carmelitas descalzas a reflexionar sobre temáticas idénticas en vista a un camino y un crecimiento comunes. Esta fue, por otra parte, la petición que las monjas que participaron en el Capítulo General de Ávila nos hicieron en su carta.

¿Cómo organizar entonces este programa formativo? ¿Con qué contenidos? ¿Con qué instrumentos?

Pongo por delante que la respuesta a estas preguntas no puedo darla yo solo. Por cuanto gracia de estado se me quiera conceder, es obvio, al menos para mí, que es necesaria una amplia consulta y una intensa colaboración para poder diseñar y poner en marcha un programa de formación que responda efectivamente a las necesidades más urgentes de las carmelitas descalzas. Precisamente para esto estamos reunidos hoy y están idealmente aquí con nosotros los monasterios no asociados que son parte de la familia y siguen con verdadero interés nuestros trabajos. Algunos de ellos me han hecho llegar también observaciones y sugerencias y han expresado su deseo de no quedar al margen de un camino de formación que tendría que concernir a todas las hermanas.

Al mismo tiempo, entiendo que no puedo sustraerme al honor y el riesgo de hacer el “primer movimiento”, sin el cual es imposible empezar a jugar. En el juego, el primer movimiento es importante, pero no es decisivo. Cuanto estoy por presentar es, por tanto, una simple propuesta, que nace de una reflexión y de una experiencia de la vida religiosa y del Carmelo Teresiano. Intentaré presentarla de la manera más clara y sintética. Tras de lo cual os pasaré la palabra a vosotras.

Tendremos un tiempo para compartir en los grupos, pero el diálogo y el debate continuarán presumiblemente también después, en vuestras comunidades, en vuestras asambleas. Para mí sería ya un gran paso adelante que lográsemos dialogar juntos sobre una determinada visión de nuestra vida, de los desafíos que hemos de afrontar, de las posibles respuestas. El resto lo dejo en las manos de Dios porque - como dice Pablo en la carta a los Filipenses- “aquel que ha iniciado en vosotros la obra buena, la lleve a cumplimiento” (*Fil 1,6*).

⁸ “En razón de la misma unidad en la caridad, todos los hermanos y hermanas del Carmelo Teresiano, pertenecientes a la única familia de la Virgen María, se ayudarán concretamente con la oración, con el ejemplo y con la mutua colaboración, con el fin de que todos juntos puedan cooperar al bien de la Iglesia y de la Orden. Además, todos los monasterios, que de un lado podrán ofrecer sus sugerencias a la autoridad competente, serán solícitos en el apoyo a las iniciativas de la Familia Teresiana, en modo particular por lo que se refiere a las propuestas del Preósito General” [NB: Traducción del italiano. cf. texto aprobado de las Constituciones en español]

¿De qué tenemos verdaderamente necesidad?

Ante todo es importante comprender bien las motivaciones de la propuesta que voy a formular. Pienso que es necesario en primer lugar localizar el problema que queremos solucionar y el fin que nos proponemos alcanzar. Los problemas, lo sabemos, no nos faltan. Como tampoco carecemos de ideas, proyectos o propuestas que nos apremian en un sentido o en otro. En esta maraña de preguntas, provocaciones, exigencias, sueños... es fácil quedar atrapado ¿Qué es realmente lo más urgente? En italiano decimos: dov'è il bandolo della matassa? (¿Cuál es la clave del problema?) Es decir, ¿cuál es el elemento que nos permite aclarar, desenrollar una situación confusa y enmarañada?

Por citar solo un ejemplo, el cuestionario que la Congregación para los religiosos ha enviado a las monjas se refería a tres temas: la autonomía jurídica de los monasterios, la formación permanente y la clausura. Las respuestas recibidas, según lo que se nos ha dicho y nosotros mismos hemos podido percibir, recogen una variedad tal de concepciones y perspectivas que hacen muy difícil realizar una síntesis unitaria, y ello dentro de una misma familia religiosa.

No lamento este hecho, me limito a constatarlo y añado que no es para mí una novedad. La cuestión es cómo valorarlo y de qué modo reaccionar a ello. En principio, son posibles al menos tres tipos de solución:

- 1) Se considera correcta una posición y se excluyen las otras, en la medida en la que se separan en modo significativo del modelo elegido.
- 2) Se intenta definir una posición intermedia o, como se suele decir, “equilibrada”, de centro, que excluya las tendencias extremas.
- 3) Se opta por un pluralismo que deje (de hecho o de derecho) a cada comunidad o grupo de comunidades la libertad de definir el propio marco ideal de referencia, el estilo de vida y código de comportamiento particular.

Cada una de estas soluciones tiene su razón de ser y, naturalmente, su orientación teológica y eclesial, por no decir “político” (aquí en la tierra -que yo sepa- no existen soluciones “neutras” o puramente objetivas). Puedo solamente agradecer al Señor por no haberme pedido que me ocupe de una cuestión tan delicada, sobre la cual están trabajando las autoridades competentes con los métodos y tiempos que considerarán más oportunos.

Mi pregunta es más bien, otra: *¿Son efectivamente estos los temas cruciales para la vida de las carmelitas descalzas? ¿Depende de ellos efectivamente su futuro? Y aún más: ¿Las opiniones divergentes que se constatan al respecto de estas cuestiones son de verdad tan esenciales como para dañar la unidad de la familia?* Mi respuesta personal a estas preguntas es un triple “no”, pero,

obviamente, las dirijo a vosotras para que en los trabajos de grupo podáis expresaros respecto a ellas en base a vuestro punto de vista.

En mi opinión, para las hijas de santa Teresa, la cuestión crucial se sitúa mucho más en la raíz y tiene que ver con un modo de ser de la persona y, para ser más precisos, con un camino de remodelación de la persona a partir de su experiencia del Dios vivo. Pensándolo bien, Teresa, antes incluso que maestra de oración o de doctrina mística fue testigo directo y narradora fiel de una historia en la cual una humanidad ha sido tocada y remodelada de la mano de Dios, esa mano hecha de carne y hueso como la nuestra, pues era la mano del hombre Jesús.

No son estas solamente gracias místicas personales. Es el origen de la historia de la cual nosotros provenimos y a la cual debemos constantemente retornar si no queremos perdernos en el “jaleo de las calles” del mundo.

La verdadera pregunta, a la cual tendríamos que esforzarnos por dar una respuesta unitaria es: “¿Qué tales habremos de ser?” (C 4,1) “¿Qué tales habremos de ser si no queremos aparecer temerarias a los ojos de Dios y del mundo?” Es una pregunta sobre el ser: ¿Cómo habremos de ser si de veras queremos llamarnos y ser en la Iglesia “amigas/amigos fuertes de Dios” y, por ello, tener acceso a él con la confianza y la libertad de personas amigas, cercanas y afines a él? Es aquí donde se concentra el núcleo de nuestra identidad carismática.

Llevar a otro lugar este núcleo esencial significaría restar radicalidad al propósito de Teresa, reducir su proyecto, llevándolo del ser al hacer, del trabajo sobre la persona al trabajo sobre las cosas. Por desgracia es precisamente esto lo que yo percibo con temor que está sucediendo. Estamos preocupados por muchas cosas, no todas igualmente necesarias y, sobre todo, soñamos muchos futuros, no todos igualmente posibles: nuevas vocaciones para nuestros viejos monasterios, nuevas comunidades de vida contemplativa, nuevos modos de rezar o de vivir la vida comunitaria, nuevas modalidades de formación, nuevas misiones hacia el mundo exterior... Pero, a menudo, es un nuevo que no nace del seno, sino de la cabeza, un nuevo pensado, soñado, que no tiene sus raíces en nosotros, en nuestro presente.

En realidad, lo más precioso que tenemos es precisamente nuestro presente, lo que somos aquí y ahora y es sobre esto que tenemos que trabajar, seriamente y con determinación teresiana. No encontraremos la verdad de la voluntad de Dios sobre nosotros escapando a otra parte. El mundo, también el de la mundanidad espiritual del que nos habla a menudo el papa Francisco, nos ofrece tantas coartadas en las que perder el tiempo y, sobre todo, el sentido, la dirección de nuestro camino. La impresión que se tiene hoy de la vida religiosa es, en realidad, muy parecida a la imagen del mundo, es decir: una realidad dispersa, líquida, no dedicada seriamente a un trabajo sobre sí misma.

Hemos de recuperar la seriedad de vida, que coincide con un trabajo profundo de formación de la persona. Trato de explicarme con una referencia a la historia reciente. Después del Concilio, pareció claro a muchos que la vida religiosa debía recentrarse en torno al carisma y a las problemáticas del mundo. Era necesario superar un modelo de observancia religiosa que corría el riesgo de reducir la vida religiosa a una serie de actos externos de piedad, de obediencia y de penitencia. Sabemos cómo una revolución de este tipo no se dio sin consecuencias de tipo personal y comunitario. La intención no era endulzar, mitigar o secularizar la vida religiosa. Todo lo contrario: se trataba de devolverle profundidad, seriedad y radicalidad. Pero, como sabemos, las cosas no sucedieron siempre como se quería y esperaba. Fue más sencillo “derribar las murallas” que reconstruir las personas.

Hoy, a cincuenta años del Concilio Vaticano II, nos encontramos en una situación muy distinta, que es sobre todo de fragmentación, dispersión, confusión y, a veces, desaliento. No hay murallas que derribar, existen, más bien, personas y comunidades que construir. Así pues: ¡Empecemos a hacerlo! O, mejor, reemprendamos el trabajo que ha quedado a medio hacer. Más que descubrir cosas nuevas, se trata de realizar aquello que, a nivel teórico, hemos ya dicho y escrito no pocas veces. Tomemos, por ejemplo, lo que escribía el P. Maximiliano Herráiz en su estudio fundamental sobre la obra de Teresa, publicado en 1981:

¿En qué dirección se mueve la ascesis teresiana? ¿Cuál es su contenido? Se deduce rápidamente de la focalización cristocéntrica, de la caracterización fuertemente personalista y de la radicalidad de su aplicación ¿Qué debe hacer en concreto la persona humana y sobre qué campo debe ante todo trabajar? El bloque de capítulos cuatro a catorce del *Camino* sobre las *tres cosas esenciales* para la vida espiritual es, indudablemente, de extraordinaria riqueza en este sentido. Ellos afrontan a propósito la cuestión de la reconstrucción del ser, en función de una amistad profunda y transformante con el Señor. Es el ser de la persona el que postula una reforma que la adecúe al fin al que aspira: transformarse en contemplativa, es decir, muy amiga de Dios. Teresa, después de haber señalado la finalidad del nuevo Carmelo, se hace con agudeza y perspicacia la pregunta: “¿Qué tales habremos de ser” para alcanzar este fin? Mira así al ser, a la interioridad, a la raíz, y la dirección de su mirada indica ya el contenido de su pensamiento⁹.

Toda la obra del P. Maximiliano se dirige a redescubrir la radicalidad de Teresa allí donde Teresa ha querido situarla, es decir, en una reforma del ser, en una remodelación de la persona a partir de su contacto con Dios. Estoy hablando de un estudio ampliamente conocido, aunque no sé hasta qué punto comprendido y asimilado. Queda intacta, no obstante, la pregunta: *¿Estas “claves de lectura” del carisma teresiano, han abierto definitivamente la herencia de Teresa a un uso*

⁹ M. HERRÁIZ, *Dio solo basta. Chiavi di lettura della spiritualità teresiana*, Edizioni OCD, Morena 2003, 170-171 [traducción del italiano, cf. el texto original en español].

diverso? ¿Han orientado la formación en modo diferente? ¿Se han traducido en criterios de juicio y, finalmente, en decisiones operativas distintas a un simple eliminar “cosas” anticuadas y externas? ¿Qué camino de construcción de la persona ha acompañado la deconstrucción de estructuras monásticas obsoletas? También estas preguntas las dirijo a vosotras, si queréis tomarlas en consideración para vuestros trabajos de grupo.

Me parece que tenemos pendiente aún el trabajo de una lectura teologal de nuestro presente, de lo que somos efectivamente y de lo que Dios nos está pidiendo personal y comunitariamente. Aprender a “ver” la verdad de nuestro ser, a reconocer en ella los dones y las promesas de Dios para, finalmente, abrazar con entusiasmo radical y amoroso su voluntad: son estos, a mi parecer, los objetivos que tendríamos que proponernos si queremos ser realmente contemplativos en la escuela de Teresa en un “tiempo de precariedad” (como nos decía a todos los religiosos en su intervención nuestro P. Miguel Márquez). Recordemos lo que Teresa escribe en *Camino* 32,9: “Porque todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador y poner nuestra voluntad en la suya y desasirnos de las criaturas”. Esta es la contemplación perfecta, el agua viva de la cual Teresa tiene sed: dejar espacio a Dios para que Él cumpla en nosotros su obra, disponiendo de nosotros como de sí mismo. No se trata simplemente de obedecer a una voluntad externa, de la cual nos sentimos dependientes, sino de dejarnos asimilar progresivamente por la presencia y la lógica del Dios que vive en nosotros, de manera que de dos voluntades resulte una sola. Ello exige un crecimiento de la persona, una dilatación de su voluntad y una iluminación de la inteligencia, que la permita participar activamente en este proceso de conformación con la voluntad de Dios, con un asentimiento libre, aún más, con el deseo de quien ama y no desea otra cosa que contentar al Amado.

Es de esta radicalidad y de esta seriedad que sentimos la necesidad, como igualmente del seguro discernimiento que de ellas se deriva, ya que se trata de tener que escoger entre lo que favorece y lo que debilita la vida contemplativa. La experiencia se convierte en el “libro vivo en el cual poder ver en un momento las verdades (cf. V 26,5), a las que no llegamos a fuerza de profundos razonamientos y fatigosos debates.

Una propuesta de formación de la persona

Como se habrá comprendido ya, la propuesta que os presento es un intento de ir a las raíces de nuestro ser contemplativos y teresianos, en el cual reside tanto el fundamento de nuestra unidad como la verdad de nuestra identidad. Solo a partir de estas raíces será posible adquirir criterios válidos, o sea no arbitrarios ni ideológicos, para poder realizar un serio y razonado discernimiento respecto a las innumerables cuestiones que nuestra vida hoy nos presenta. Estas raíces no consisten, a mi parecer, ni en un estilo de vida, ni en una doctrina espiritual, ni en una actividad particular

(aunque, obviamente, existen estilos, doctrinas y actividades que podemos definir como teresianas). El fundamento está en un modo de ser de la persona o, más exactamente: en un modo en el cual el ser personal se deja transformar por la relación con la persona de Cristo y con las personas que comparten su amistad.

Querría invitaros a trabajar sobre esta base. Podemos llamarlo un trabajo de “formación teresiana de la persona”, una “escuela de humanidad teresiana”, en la cual aprender a pensar, a juzgar y a actuar según el modelo de persona y comunidad que constituye el núcleo mismo de nuestra identidad carismática. Después de un sexenio de formación sobre santa Teresa, mediante la relectura de sus obras, me parece que ahora sea necesario releernos a nosotros mismos desde la perspectiva de Teresa, según su visión de Dios y del hombre.

Se trata, en realidad, de seguir la misma pedagogía de Teresa, que -como sabemos- al principio del *Camino de perfección*, justo en el momento en el cual debe explicar a las hermanas en qué consiste la esencia de su vocación, siente la necesidad de partir de tres “cosas” fundamentales: el amor recíproco, el desasimiento de lo creado y la verdadera humildad, “la cual -aunque la cita en último lugar- es la principal y las abraza a todas” (C 4,4). Estas “cosas” fundamentales no son sino las coordenadas existenciales en las cuales se inserta la persona, considerada en sus relaciones estructurales: con Dios y consigo misma (la verdadera humildad), con el mundo (desasimiento de todo lo creado) y con los otros (amor recíproco). Teresa quiere, en primer lugar “disponer las piezas sobre el tablero” (cf. C 16,1), sabiendo bien que todo el juego depende de ello. Podríamos también añadir que, mientras toda partida es distinta, según las capacidades de la persona y las personalidades de los jugadores, la disposición de las piezas y las reglas del juego no cambian, y son estas últimas las que se pueden y deben enseñar. El resto lo hará la experiencia: cuanto más se juegue, más se aprenderá a jugar (sobre la vanidad de este lenguaje lúdico, ya se excusó la madre Teresa, por tanto no es necesario que me excuse también yo).

Siguiendo la pedagogía de Teresa, podemos pensar en una serie de temas de formación (Teresa probablemente los llamaría “avisos”), que ayuden a reflexionar sobre las actitudes fundamentales de nuestro modo de vivir a nivel personal y comunitario. He percibido que, a menudo, las monjas insisten en la importancia de acompañar la formación espiritual con una sólida formación humana. Es importante, no obstante, recordar, que más que de formación espiritual y de formación humana tendríamos que hablar de una formación integral de la persona en su complejidad. No alcanzo a imaginar, de hecho, una formación espiritual que no pongan en el centro la humanidad misma de la persona, con sus heridas y sus dones, con su historia de pecado y de gracia. Me parece que históricamente, Teresa haya hecho una contribución fundamental precisamente a esta visión integral de la espiritualidad cristiana.

Espero haber conseguido explicar con suficiente claridad la sustancia de la propuesta. Quedan por definir, naturalmente, todas las modalidades concretas de realización del proyecto: es necesario precisar los contenidos, elegir una metodología, nombrar un grupo de trabajo, establecer los tiempos, etc. Pero tiene sentido abordar todo ello solo si hay un acuerdo de fondo sobre el proyecto, sobre sus intenciones y objetivos. No me queda, por tanto, sino agradeceros la atención con la cual me habéis seguido hasta ahora y, si no hay preguntas con el fin de aclarar lo dicho, invitaros a proseguir la reflexión en los grupos.